

CRÓNICA DE UNA VISITA INOLVIDABLE

Saint-Laurent está de fiesta.... pequeñas banderas amarillas y blancas ondean en las casas y los almacenes ; sobre la fachada de la basílica se destaca una pancarta de “Bienvenida al Papa Juan Pablo II” y sobre la librería, en la esquina de la calle, aparece un inmenso cuadro del Padre de Montfort. Todo está listo.

El papamóvil llegó a la Casa Madre la víspera en las horas de la tarde ; la capilla, muy bella, tiene seis televisores en la nave central, listos para transmitir este momento histórico. ¡Llueve! A las 9.30 a.m., todas las Hermanas se reúnen para la Misa, celebrada por el Padre W. Considine, smm, Superior General. Sr Barbara traduce un mensaje de la Provincial de Gran Bretaña e Irlanda: “Quiero participarle nuestra unión orante y nuestro recuerdo. Compartimos su alegría y experimentamos un gran sentimiento de orgullo de ser miembros de la Familia Montfortiana”. A su vez, Sr Liliana lee el de la Provincial de Italia: “Unida a todas las Hermanas de Italia, mi recuerdo lleno de fraternidad, de oración, de espera atenta por la visita del Papa... allá donde Montfort y María Luisa continúan hablando de la sabiduría, allá donde se encuentra el corazón de toda la Familia Montfortiana, en su deseo, siempre más verdadero de santidad y de sabiduría”.

10.45 a.m. ¡Llega a Tours! La televisión nos permite asistir al aterrizaje del vuelo Alitalia que se acerca, decorado con banderas de Francia y del Papado. 4.55 p.m.: ¡ruido del helicóptero! Las campanas de Saint-Laurent tocan a todo vuelo. El aterrizaje tiene lugar en el campo, frente a Betania, Monseñor Garnier, Obispo de Luçon, y Sr Catherine, Provincial de Francia, dan la bienvenida al Papa. Las oraciones preparatorias en la basílica se interrumpen, para escuchar lo que se pasa fuera. Explosión de alegría de los jóvenes de St-Michel, de St-Gabriel y de los responsables de la orientación religiosa de las escuelas públicas reunidos en el jardín, delante de la comunidad de San José. El Papa los cita al encuentro de la juventud en París, en el verano de 1997.

El avanza. De los dos lados, los “St-Laurentais”, las religiosas y religiosos, desafían la lluvia para saludarlo. La gente del pueblo lo acoge delante de la basílica; al interior un grupo de niños y los tres Superiores de la Familia Montfortiana lo esperan, como también la Presidente de la Conferencia de las Superiores Mayores del Occidente y el Padre Abad de la abadía de Bellefontaine, de la cual, tres monjes fueron martirizados recientemente en Tibhirine, en Argelia.

Qué decir del largo momento en el que el Papa permanece de rodillas, delante de las tumbas de Montfort y María Luisa : el Papa ora, los tres Superiores están también de rodillas detrás de él. Silencio profundo en la basílica. Es un tiempo fuerte, que se imprime para siempre en nuestras memorias. San Luis María de Montfort, Bienaventurada María Luisa de Jesús, rogad por nosotros.

La procesión se inicia. El santuario ¡está resplandeciente! El Padre Considine, smm, da la bienvenida a Juan Pablo II. Montfort y María Luisa velan sobre la asamblea durante las vísperas que siguen. En su homilía, el Santo Padre subraya la profunda influencia de Montfort en su camino espiritual: “Ustedes saben que debo mucho a este santo y a su Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen... Quiero ante todo, poner de relieve que, en el espíritu de San Luis María, toda la vida espiritual proviene directamente del Bautismo...”

Después de las visperas, la parroquia, la Diócesis de Luçon y la Familia Montfortiana, entregan a Juan Pablo II algunos regalos. En nombre de todos, el Hno. Jean Friant, sg, Superior General de los Hermanos de San Gabriel, presenta un manuscrito de la Verdadera Devoción, Sr Barbara O’Dea, le ofrece una reliquia del Padre de Montfort colocada en un relicario de madera. A su vez, el Papa entrega al Padre Michel Simonnet, párroco de St-Laurent, un hermoso cáliz. ¡Llega el momento de la partida ! El Santo Padre toma el tiempo para despedirse de la gente a lo largo de la nave central.

¡Adiós!... ¡Gracias!

Que esta visita, que ha hecho conocer nuestros Fundadores de tanta gente, renueve en nosotras el deseo de profundizar la herencia recibida de todos aquellos y aquellas que nos han precedido, como también el celo de compartirla con la gente de nuestro tiempo.

19 de septiembre de 1996

Sr Barbara O'Dea, hds

Superiora General